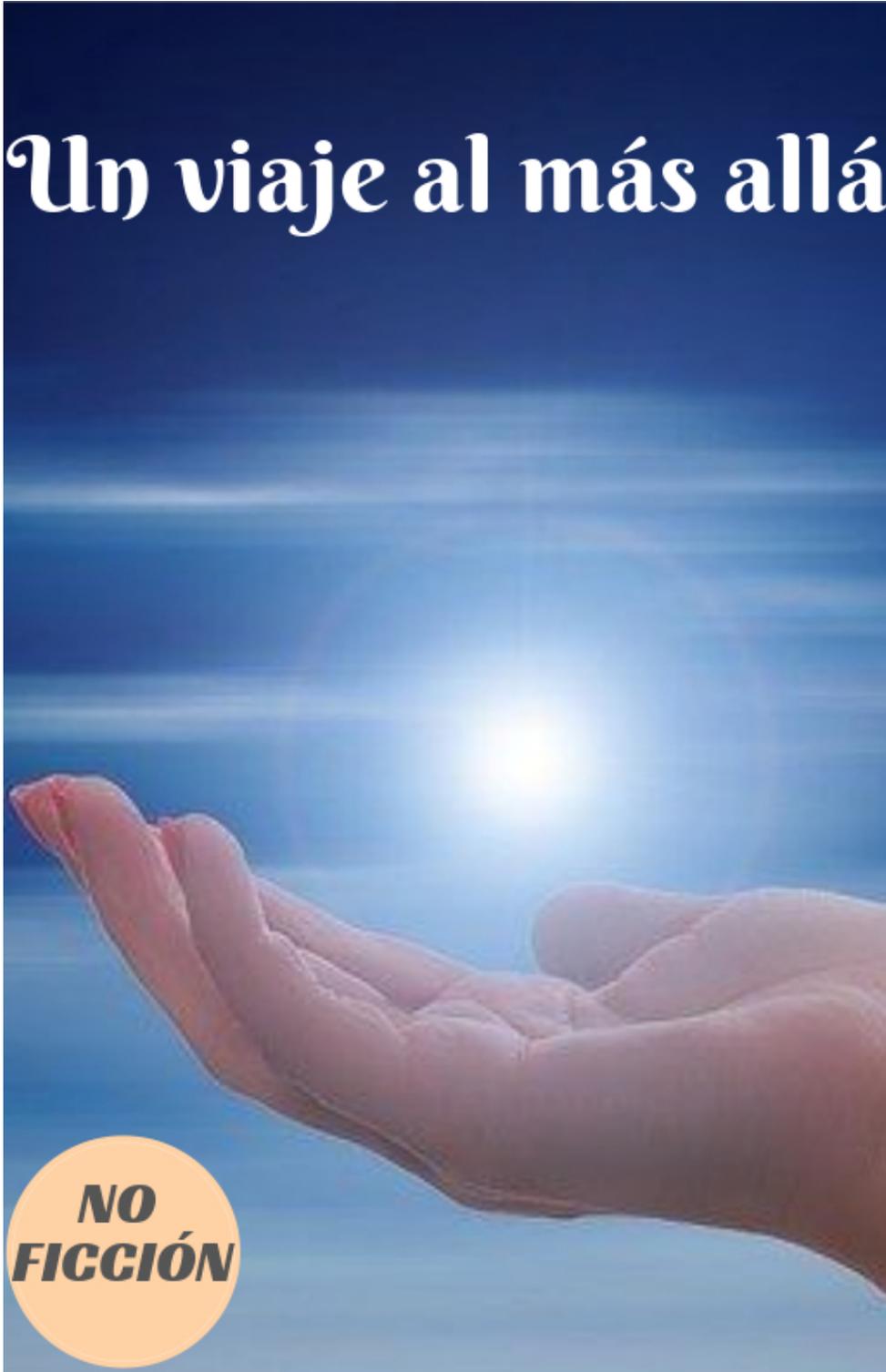


Un viaje al más allá

Mauro Paladino

Un viaje al más allá

**NO
FICCIÓN**



Capítulo 1

¿Es acaso una incógnita la vida en «el más allá»? ¿Es posible vivir más de una vez? Lo desconocido nos causa una tremenda curiosidad. Es por esto que, a través de muchos siglos de sabiduría y adelanto científico, el hombre siempre se ha hecho las mismas preguntas sistemáticamente, sin importar su condición intelectual o clase social. A pesar del avance que ha demostrado el conocimiento contemporáneo, no hemos logrado resolver estos enigmas todavía. ¿Por qué? Porque sencillamente no es algo que aparezca en los libros, o en las conferencias de psicología, y hasta me atrevería a decir que no se trata de un tópico corriente en las pláticas sobre filosofía. Para resolver dicho dilema debemos mirar más allá de lo que leemos o escuchamos; una mirada hacia nosotros mismos, a nuestro inconsciente dormido...

El inconsciente o subconsciente, es el estado de conciencia en el cual se manifiestan los procesos mentales que desarrollan una actividad independiente de nuestra voluntad, es decir, la parte más oscura de nuestra mente, donde son acumulados año tras año los recuerdos que no queremos recordar. Esta misteriosa zona de nuestro pensamiento alberga, además, recuerdos y conocimientos del «más allá», de una vida en otra dimensión, o, en la mayoría de los casos, recuerdos de existencias anteriores a la actual. Analicemos el comportamiento del ser humano desde los principios de su evolución, tras millones de años de similitud intrínseca con los simios, cuando comenzó a forjar su razonamiento en el cuerpo de un Homo Sapiens propiamente dicho. En aquellos tiempos antiquísimos existían rituales de tipo religioso y ceremonial, que consistían en adorar a un ente creador, incorpóreo, más allá de nuestro conocimiento racional, representado por los fenómenos naturales. Aquellos hombres tenían asimismo un meticuloso respeto hacia la muerte y sus consecuencias, y creían que la vida terrenal era sólo una estadía temporal antes de llegar a la vivencia más importante. ¿Por qué lo hacían, considerando que se trataba de gente rústica y sencilla, sin más conocimiento que el arte de la caza y de la guerra? Al parecer, poseían un inconsciente fuertemente desarrollado que les hacía pensar sobre el verdadero significado de la existencia humana. Ellos sabían, como un sentimiento inmanente impreso en sus almas, que la naturaleza-Dios les había dejado una pizca de su infinita sabiduría para que no perdieran el conocimiento de una vida en el más allá. Y así nació la religión. Desde luego, las creencias y ritos religiosos han mutado con el paso de los siglos, pero siempre conservando una cualidad intrínseca en todos ellos: hay algo más allá de nuestros ojos.

Es indudable que las personas siempre han dejado sus dudas e interrogantes al margen del conocimiento racional, prefiriendo descansar en la cómoda sensación de que algo «invisible» lo resolverá por ellas. Y es así que, aún en nuestros días, contando con un extenso repertorio de

descubrimientos, tecnología moderna y acceso a la educación gratuita en todos los niveles, el hombre sigue preguntándose acerca de lo que podría encontrarse después de morir. Basándose en relatos verídicos sobre el tema, y haciendo alusión a la enseñanza de personas con un alto grado de videncia espiritual (que no necesariamente implica la «brujería» o artes oscuras), uno puede llegar a constatar la veracidad de una vida espiritual sin necesidad de morir y resucitar en el intento. La intuición es un arma muy fuerte, incluso más fuerte que la razón. Si algo nos dice que la «muerte» propiamente dicha no existe como acto de defunción, y por consiguiente nos espera una vida en el otro mundo, debemos, por lo tanto, tener esa corazonada en cuenta. Pero, ¿de qué se trata ese «otro mundo»? ¿Será como lo indican los libros de textos religiosos, que hablan de cielo, infierno y purgatorio? Pues están severamente equivocados. Aquellos libros han sido escritos, editados, y mal interpretados por humanos imperfectos. Ningún dios ha escrito jamás obra alguna en papel dictando sus ordenanzas. El hombre lo ha hecho, quizá basado en las enseñanzas de sus profetas, pero nunca ha podido conservarlas íntegras e indivisibles a lo largo del tiempo. Antes demos un repaso a los aspectos religiosos de dos pilares fundamentales en la historia humana: Egipto y Grecia.

En el antiguo Egipto, venero de la civilización, la religión regía el modo de vida de todos sus habitantes. La creencia más difundida era aquella basada en la preparación del cuerpo y del alma para el más allá. Para los egipcios, la partida de este mundo era sólo una primera etapa; su residencia terrenal jugaba un papel transitorio. Tras la correcta preparación del cuerpo mediante la momificación, y la ulterior recitación de fórmulas mágicas que ayudaban al difunto a encontrar su camino hacia el mundo de los muertos, el alma encontraba al fin la verdadera existencia que tanto había anhelado. Guiado por el dios embalsamador con cabeza de chacal, Anubis, el ba o alma se presentaba ante un juicio presidido por el mismísimo Osiris, rey de ultratumba, acompañado de 42 jueces que juzgaban el proceder del difunto cuando aún estaba convida. El motivo principal de este juicio era el pesaje del corazón en el platillo de una balanza, cuyo contrapeso estaba representado por una pluma de avestruz —símbolo de la verdad—. Si la balanza se mantenía en equilibrio, entonces el alma había pasado la prueba de manera satisfactoria, y a continuación era presentado triunfalmente a Osiris antes de embarcarse hacia el paraíso. De lo contrario, si el corazón pesaba más que la pluma, el alma era engullida por un ser de aspecto monstruoso, llamado «Devorador de los muertos». Sin embargo, la aniquilación no elimina por entero a las víctimas. Éstas entran en otra forma de existencia que representaba una amenaza para el mundo ordenado y que se debía combatir. Probablemente se tratara de una dimensión infernal. De tal forma, se puede apreciar que las creencias de cielo e infierno no son una invención del cristianismo, sino que han sido concebidas tres mil años antes del año 0. En el caso de la antigua Grecia, la creencia sobrenatural adquirió características más emparentadas con los pensamientos actuales,

aunque igualmente supersticiosas a las antiguas. Los filósofos griegos solían preguntarse a menudo sobre el origen de la vida y cuáles eran los misterios que los aguardaban tras el término de aquélla. Estaban de acuerdo con que el alma abandonaba el cuerpo, y luego viajaba hasta un lugar en el que se separaba a los espíritus justos de los injustos, mientras que el cuerpo se quedaba en la tierra, ya fuese enterrado o incinerado en una pira, merced a su muerte física. Los elegidos por los dioses, aquellos que habían gozado de una vida heroica y bondadosa, cruzaban el río Aqueronte para llegar a los Campos Elíseos, donde permanecían después de la muerte, para vivir una vida feliz y bendecida. Se trataba de praderas libres de pecado, maldad y deseos terrenales. Los que no cumplían con los requisitos divinos quedaban a merced de Hades, dios del inframundo, que reunía a los fallecidos en lo más tenebroso y oscuro de la tierra. Este lugar podría considerarse, también, como la versión infernal de nuestra era cristiana.

Hablemos ahora sobre el concepto moderno de esa vida después de la muerte. Según el libro de Brian Weiss, único en su clase debido a los datos reveladores que proporciona, no existe ni el cielo ni el infierno en otra dimensión. Estas teorías, producto de mentes ignorantes y convulsionadas por las pasiones terrenales, han sido creadas para asustar a las personas simples, pues nunca han podido comprobarlo con sus propios ojos, y por tanto inventan situaciones que se asemejan a una novela de terror más que a la verdad de nuestra existencia. Desde las primeras civilizaciones, hasta el desarrollo de la era cristiana, el hombre ha tenido siempre la necesidad de crearse una ilusión sobre lo desconocido. Una ilusión que no se asemeja en lo absoluto a la realidad. En el cielo sólo hay oxígeno y nitrógeno, y el infierno no es más que la propia existencia que llevamos en la tierra, con todos sus sufrimientos, angustias y dolores aparejados. La «muerte» es una liberación. El alma, nuestro pensamiento intangible, deja el cuerpo para obtener su merecido descanso tras una vida de padecimientos que, especialmente en aquellos casos donde la persona ha avanzado poco en su camino espiritual, será más dura de lo normal, pues aún resta pulir la rusticidad en sabiduría, amor y bondad. En el caso de aquellos entes más adelantados, que llevan consigo una carga de muchas existencias a través de los siglos, su vida terrenal es más ligera y llevadera. El descanso en el más allá es prácticamente igual para todos: una etapa de descanso y reflexión para lo que vendrá en la próxima existencia. Es erróneo pensar que aquellos condenados en vida irán a pasar la eternidad rodeados por ríos de fuego y sufrimiento. El sufrimiento lo hemos dejado en la tierra; ahora es tiempo de descansar y arrepentirse por el mal que le hemos hecho a nuestros semejantes, y prepararse, asimismo, para pagar las consecuencias de nuestros actos en la próxima vida. No es posible describir con exactitud las características de esa dimensión desconocida (desconocida, ahora que estamos encarnados en un cuerpo), pero se supone que es similar a la que tenemos aquí y ahora. Recuerden las sensaciones del sueño. Cuando estamos dormidos, lo que soñamos no es una mera imaginación de

nuestro cerebro, sino una vivencia real del espíritu cuando al fin logra librarse temporalmente de la prisión corporal, para flotar y viajar hacia lugares fantásticos, pero tan reales como lo son nuestras sensaciones al estar despiertos. Sin dolor ni temor, y con la certeza de que podemos ir a donde queramos con sólo pensarlo, nos encontramos a menudo con parientes y amigos del pasado (encarnados o desencarnados; el espíritu puede tomar varias formas de sus vidas pasadas), en sitios que hemos visitado recientemente o que desconocemos por completo. En ese estado inconsciente de transición espiritual, el alma está, por así decirlo, experimentando una porción de la vida después de la muerte.

Hablar de una vida ultraterrena conlleva ineludiblemente a la cuestión de la reencarnación. En la actualidad, sin embargo, hablar de reencarnación es un tabú. ¿Y quién ha impuesto ese tabú? Precisamente los hombres que dirigen las creencias de sus semejantes en la tierra, los líderes religiosos: papas, curas, pastores, etc. No es conveniente seguir la guía de estos personajes al pie de la letra, pues se trata de hombres comunes y corrientes que no poseen el progreso espiritual suficiente para adoctrinar a las masas con su desatinado conocimiento . Afortunadamente, en todas las civilizaciones han vivido seres de luz, notablemente adelantados a su tiempo. Muchos de ellos se han hecho famosos a nivel mundial por el magnetismo de las ideas y valores que promulgaban, llegando a convertirse en verdaderos profetas. El profeta más tergiversado de la historia ha sido, sin lugar a dudas, Jesús. Muchas de sus palabras adornan hoy los párrafos del libro sagrado de los cristianos, la Biblia. Sin embargo, son palabras que han sido transformadas a capricho de los hombres, sin contar las segregaciones que ha sufrido esta religión durante los últimos siglos de cristiandad, aumentando, a su vez, la confusión y la mala interpretación de sus disposiciones. Hallándose un día Jesús a orillas del mar, rodeado de una multitud que lo seguía ansiosa, tomando un puñado de arena y arrojándolo al aire, dijo: «Tendréis que renacer tantas veces como arena tiene este puñado que yo arrojo, para que sepáis más tarde, lo que hoy no podéis por vuestra ignorancia». Otro iluminado, fiel a la doctrina de aquellos tiempos primigenios, dijo, a principios del siglo pasado en la República Argentina, que «el hombre espiritual (el espíritu) tendrá que venir a este mundo físico (ocupar un nuevo cuerpo) tantas veces hasta reparar su ayer malogrado, se entiende, las malas acciones». Desde luego, ellos hablaban con metáforas que las gentes de aquel tiempo nunca llegaron a comprender (y tampoco lo hacen ahora). El concepto de «renacer», en este caso, no significa otra cosa que nacer en distintas ocasiones, tantas como fuese necesario, hasta alcanzar la perfección de nuestras almas. Por desgracia, el concepto original de «renacimiento espiritual» ha sido condenado por la misma iglesia que apadrinaba esta doctrina, suprimiendo la creencia en la reencarnación por orden de Justiniano I, emperador del Imperio Romano de Oriente, en el año 554 d.C. A raíz de esta censura, el significado de «renacer» en cuerpos diferentes ha sido transformado en tiempos recientes por una nueva etapa

de la vida, la cual comienza cuando se acepta a Dios, dejando atrás un pasado de ateísmo e incredulidad; pero la vida es una sola. Claramente, este concepto no posee relación alguna con las primeras enseñanzas de Jesús, y genera la aparición de diferentes puntos de vista, todos ellos erróneos, entre la población actual. Es evidente que la vida en el más allá ha sido malversada por el ser humano a través de los siglos. No tenemos, por lo tanto, otra opción que recurrir a la enseñanza de aquellas personas de elevada espiritualidad, capaces de procurarnos con una genuina sabiduría traída desde otra perspectiva, y no en los representantes terrenales que lideran el mundo.

Volviendo a enfocarnos en el relato verídico de Brian Weiss, veremos que la reencarnación es un aspecto básico de nuestra existencia, al igual que lo expresaban aquellos profetas, y que ha formado parte de nuestra evolución humana desde hace siglos. Algunos más, otros menos. Depende de la antigüedad del espíritu en cuestión. Los más antiguos y experimentados en este proceso de idas y venidas, tendrán un adelanto superior al resto de sus semejantes, y, por tanto, su abnegación será mayor. ¿A qué se debe, pues, el comportamiento sobresaliente de un individuo durante toda su vida, en contraste con aquél que ha pecado y delinquido por decisión propia? La respuesta es simple. Una sola vida no alcanza para convertirse en santos. Nadie nace sabiendo, y tampoco nadie se ha reformado en el transcurso de una sola existencia. Es un proceso de evolución que nos lleva siglos, sino milenios, hasta que por fin alcanzamos el estado de maduración espiritual adecuada. No debería sorprendernos la acción de aquellos individuos que viven inmersos en el delito y la estafa, en el engaño y la maquinación, entregados completamente a los vicios y otros placeres del mundo. Ellos no han progresado aún, porque su alma no es tan antigua como otras que han transitado un camino más largo y provechoso. Estos últimos sentirán repulsión por la vida grotesca que llevan algunos de sus semejantes, y se debe a una sola razón: ya han pasado por ello en el transcurso de docenas de vidas anteriores, pero están arrepentidos y han evolucionado favorablemente como para quitarse de encima gran parte de la suciedad que cubría sus almas. Sin embargo, la flor que fue fango ayer, no puede despreciar al fango hoy, ya que todos hemos pasado por la misma etapa, aunque en diversas épocas históricas. La protagonista del asombroso relato de Muchas vidas, muchos maestros, Catherine, confiesa, en un estado de regresión mental, que ha tenido 86 vidas anteriores a la actual, algunas de las cuales no han transcurrido en este planeta solamente. Pero no nos vayamos por las ramas. Su existencia espiritual había empezado en épocas primitivas de la historia, quizá anteriores a las primeras civilizaciones, y que, desgraciadamente, hasta el día de hoy no había logrado comprender en estado consciente el verdadero significado de su existencia en la tierra.

Esto demuestra, una vez más, que no podemos perder la paciencia por los errores que cometemos ahora, pues hemos cometido cientos o miles de ellos en el pasado. Ya tendremos tiempo de aprender en las vidas

venideras, y asimismo de enmendar el daño que hemos hecho. Esta especie de carrera espiritual en la que todos venimos a aprender al taller de purificación en la tierra —pues el cuerpo es nuestra herramienta para hacerlo—, debemos cumplir con lo que hemos prometido antes de nacer. Esto implica llevar a cabo aquellas promesas que nos hemos hecho a nosotros mismos de que cambiaremos la actitud. Dejaremos de lado la arrogancia y la lujuria del pasado; dejaremos de lado el fanatismo y aprenderemos a practicar la tolerancia; que seremos mejores personas con nuestros semejantes, piadosos y generosos; que aprenderemos a perdonar a los que nos ofenden, pues nosotros hemos ofendido a muchas personas en el pasado. Pagaremos nuestras deudas espirituales. Y, sobre todo, hallaremos que el significado de la vida no radica en la posesión de bienes materiales, la persecución de fama y gloria, o el disfrute de los placeres mundanos. Todos nacemos con una misión predestinada que nos marcará a fuego durante toda la existencia, y que no posee semejanza alguna con aquellos objetivos triviales ya mencionados. Desde la simple tarea de limar asperezas con un semejante al que hemos dañado o sufrido por su culpa, hasta dejar un legado importantísimo para el avance de nuestra sociedad, representan la consecución de un logro que debemos aceptar, respetar y cumplir. Es posible también estudiar la obra natural de la creación, o adquirir cualquier conocimiento que nos convenga a nuestro propósito y que seamos capaces de compartir con el prójimo. Aunque nuestro desafío más importante es, indudablemente, seguir el ejemplo de aquellos ilustres enviados que han nacido para ayudarnos en nuestro azaroso camino de perfeccionamiento del alma. Buda finalizó su existencia en la pobreza material, pero contando con una gran riqueza espiritual. ¿Por qué no seguir su ejemplo? ¿Cuál es el miedo que tenemos de dejar lo que nos ata a este mundo de materialismo? En vez de pasarnos la vida orando y fingiendo que somos buenas personas, encerrados en templos o sinagogas, viviendo una vida de hipocresía junto a nuestras posesiones, gozando de los divertimentos mundanos, podríamos estar ayudando al afligido y al necesitado mediante obras de bien. Brindarle al menesteroso no sólo nuestro apoyo material, sino también el apoyo emocional que necesita para progresar. Hay muchos ídolos religiosos que forman parte del ritual de millones de personas en el mundo; lamentablemente, pocas de ellas seguirán su ejemplo. Jesús decía: «No vengo a que me adoréis, sino a que me imitéis, cada uno según sus obras. Obreros de mi obra quiero yo. Haréis lo que yo hago, cada cual según sus obras». Creo que pocos saben cuál fue la verdadera obra de Jesús.

Es hora de que empecemos ya a hacer un buen uso de nuestra existencia. Habrá muchas, pero cada una que es despilfarrada nos aleja cada vez más de nuestro objetivo primigenio: alcanzar la eternidad. El dios que el hombre ha estado imaginando y adorando en vano durante tantos siglos de historia humana, no estará esperándonos del otro lado de una gran puerta en un cielo imaginario; pero si cumplimos con nuestro deber, y quitamos el polvo que recubre nuestro diamante en bruto, es decir, nuestro espíritu, llegaremos a estar en el sitio que Él ha preparado para

nosotros. Sólo es cuestión de tiempo. La vida es un sueño. Y falta poco para despertarse...